

Precios de suscripción

EN SAN SEBASTIAN
3 meses, 6 pesetas; 6 meses, 12; un año, 24
EN PROVINCIAS
3 meses, 9 pesetas; 6 meses, 18; un año, 36
EN EL EXTRANJERO
3 meses, 13 pesetas; 6 meses, 25; un año, 50

La Voz de Guipúzcoa

Claro Republicano

Tarifa de publicidad

En primera plana dos pesetas línea.
En noticias, una peseta línea.
En generales, sesenta céntimos línea.
Planas enteras y medias planas, artículos, comunicados y anuncios oficiales a precios convencionales.

TELEFONO URBANO: 0-24.
TELEFONO INTERURBANO: 9-89.

Redacción, Administración y Talleres: San Marcial, 10

APARTADO DE CORREOS: núm. 44.
DIRECCION TELEGRAFICA: «VOZ».

CHARLAS

Es un tema que hemos abordado muchas veces y aunque alguna ya tomó estado oficial en el Municipio y hasta creemos recordar que se intentó algo que a reglamentación se pareciese, es lo cierto que las cosas continúan cada vez peor.

Este nuevo toque de llamada nos lo ha sugerido la lectura del extracto de una sesión celebrada por un Ayuntamiento de capital de provincia, y que se refiere al pavimento.

En aquella capital, la Sociedad de dueños de carros de transportes, solicitó que se les autorizase para enganchar tres ganados en vez de dos, en carros que circulen por calles asfaltadas de la población. El Ayuntamiento autorizó lo pedido, pero a condición de que los carros de dos ruedas no lleven un peso superior a dos mil kilos, y tres mil los de cuatro.

Esa reglamentación de los pesos que deben llevar los carros por las calles de la población existe en todas partes menos en San Sebastián. El resultado—un resultado bastante vergonzoso—está a la vista de todo el mundo; San Sebastián no tiene ya pavimentación; no tiene más que residuos de lo que fueron pavimentos.

Y que ello es debido en su casi totalidad a la anarquía reinante en lo de los pesos de los carros, lo demuestran la calle de Urbiete y las del barrio de Amara, por donde circulan los vehículos procedentes de la estación de los Vascongados. La calle de Urbiete es un continuo hache y en las calles "macadamizadas" el lodo alcanza varios centímetros de altura. Lo que antes no se conocía en San Sebastián.

Pero ¿es posible pedir que haya pavimento que resista a ocho ó nueve mil kilos de peso, con llantas de hierro? Eso no se puede pedir ni al pedernal.

Aquí, en estas mismas columnas se denunció que un carro trasportó desde la estación del Norte a la Alhóndiga, nueve barricas de vino con 750 kilos cada una. Añadido el peso del carro, se elevaba a unos 8.750 kilogramos. Claro es, que el dueño del carro tenía perfectísimo derecho a es-

El cierre de las tabernas



—¿Dónde subes, Pello?

—Hasta la copa, Anthón. ¡Como ahora no abren las tabernas por la mañana!

(Dibujo de SOLERO).

tropear el pavimento, porque a nadie se le había prohibido, pero precisamente, eso es lo malo: que esté autorizada tamaña barbaridad.

El Ayuntamiento no va a tener más remedio que abordar pronto el problema de los pavimentos: se va a hacer una instalación general de alumbrado eléctrico—hoy va ese asunto en el orden del día de la se-

sión—pero antes, ó conjuntamente, tiene que reglamentar el peso que pueden llevar los vehículos por las calles de la población.

Lo demás será tirar el dinero por el rómpeolas de la Zurriola.

Un señor—que firma—nos envía una cuartilla con un ruego referente a los ca-

rros y camiones, que nos parece muy puesto en su lugar y que trasmitimos a la Comisión de Gobernación, al alcalde ó a quien corresponda.

¿No podría ordenarse—dice—que en las calles estrechas como Narrica, San Gerónimo, Mayor, Calbetón, etc., etc., los carruajes entren por una parte y salgan por otra? Esto que se hace en muchos sitios es sencillísimo de mandar, pues basta con un rótulo indicador, en la entrada y salida, y evitaría broncas, disgustos y hasta desgracias.

Al mismo tiempo—sigue diciendo—debe prohibirse el paso por esas calles angostas, de carruajes—carros y camiones—que tengan más de seis y medio metros de longitud, por serles casi imposible dar las vueltas y proporcionar muchos peligros y molestias.

¡A nosotros no nos parece eso ningún disparate!

G.

Ecos de la Diputación

El presidente señor Elorza nos manifestó ayer a mediodía que no tenía nada nuevo que añadir a lo que ya publicábamos con referencia a su viaje a Pamplona y Estella.

Dijo que había aprovechado su estancia en la capital navarra para tratar con aquella Diputación del asunto relativo a las tarifas diferenciales. Los comisionados guipuzcoanos sacaron de la entrevista una impresión excelente y quedó a su cargo la iniciativa de designar a las personas pertenecientes a las Diputaciones hermanas que han de formar el tribunal arbitral mediante el cual quedará solucionada esta enojosa cuestión.

El señor Elorza tiene confianza plena en que la Diputación navarra aceptará el fallo que este emita.

ANUNCIOS PREFERENTES EN ESTA PLANA, UNA DE LAS MAS LEIDAS DE ESTE DIARIO —Y EN LA QUE SE PUBLICAN LAS NOTAS GRAFICAS DE ACTUALIDAD— A PRECIOS CONVENCIONALES. Y DESDE LUGAR MUY BENEFICIOSOS PARA EL ANUNCIANTE.

criatura que tenía ante sus ojos, vestida espléndidamente, con ojos negros que brillaban como ascuas, de resplandor irresistible, con aquella sonrisa en sus rosados labios, con aquellas maneras elegantes y el continente aquel de gran señora?

El conde de Soldani perdió por vez primera su audacia acostumbrada y mientras el pecho le latía con extraña violencia, sus piernas se negaban a moverse, y sus labios habrían sido incapaces de articular una palabra. Pero su inmovilidad no podía ser duradera; dió un paso adelante sin que Emma levantara la cabeza.

Andrés recobró entonces toda su desenvoltura y su osadía y salvó en un momento la distancia que le separaba de la linda criatura. Entonces con débil y nervioso acento se atrevió a decir:

—¿Señora!

La falsa polaca se movió como si despertara de un sueño; y alzando brusca y rápidamente la cabeza, exclamó, haciendo ademán de levantarse, como temerosa de encontrarse sola en aquel sitio con un hombre.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Tranquilícese, Emma—dijo con acento cada vez más conmovido,—no quiero hacerla ningún daño.

Ella le miró con una especie de ingenua curiosidad.

—Verdaderamente, caballero, me extraña mucho el proceder de usted. Seguramente me toma usted por otra.

Andrés vacilaba; pero aquella voz sonora, deliciosa, que acariciaba dulcemente sus oídos, aquella grata melodía era realmente de la mujer a quien un día amara, y que ahora deseaba con toda el alma. Era realmente Emma. No... no se equivocaba.

—Míreme usted bien, señora—balbuceó;—¿no me reconoce usted?

Ella dirigió a Andrés una mirada fría.

—No; no le reconozco... y por mucho que me fije en usted, no recuerdo haberle visto en la vida.

Andrés se inmuto.

—¿No me ha visto usted nunca?

—Nunca...

El conde bajó la voz, que se hizo suplicante.

—¿Será usted tan despiadada? ¿No perdonará usted mi pasado, que soy el primero en lamentar con toda el alma?

—No le comprendo a usted...

—Finge usted no comprenderme, Emma; pero no sólo no me he engañado al oír el sonido de su voz, sino que en cuanto la ví, la reconocí. Ha cambiado usted el color de sus cabellos, pero son sus ojos los mismos y es la misma su sonrisa.

La falsa polaca se levantó, mirando con frialdad y altanería al hombre que tenía en actitud suplicante a su presencia.

—Creo, caballero—le dijo con acento glacial—que es usted víctima de un error. Es la primera vez que le veo y hace muy pocos meses que vivo en Florencia; ¿no ser que finja usted y haya buscado este

pretexto para acercarse a mí, ha de convenir usted conmigo en que se ha equivocado.

Al oír a la joven, el semblante de Andrés se tornó livido y su corazón casi cesó de palpar. Pero tenía aún el convencimiento de que Emma y la condesa polaca eran una sola persona y de que la linda criatura había de negar siempre su propio nombre y condición. Por lo cual, y para que no le escapara, creyó necesario acudir a otros medios.

—Pues bien—exclamó con viveza—crea usted, si le parece, que he buscado un pretexto para acercarme a usted, para oírle hablar, para verle de cerca un momento. ¿Intentaría usted castigarme por esto?...

Ella siguió mirándole con aire burlón y despreciativo.

—Caballero, usted no sabe con quien está hablando—dijo.

Andrés fué presa de un temblor nervioso.

—¿Lo cree usted?—exclamó con una especie de rabia, en vano reprimida.

Los negros ojos de Emma lanzaron un relámpago terrible; su flexible figura se levantó orgullosa.

—Basta, caballero...—exclamó—¿es que intenta usted burlarse de mí? Repito que ni le conozco ni sé quién es usted y usted en cambio, se atreve a hablarme en semejante forma. A decir verdad, ahora no le tengo por un loco, sino por un insolente.

Y apartó con la sombrilla al conde, que quedó inmóvil y como petrificado. Emma salió del bosque dirigiéndose lentamente al lugar donde el coche le esperaba.

Andrés quedó un instante con la vista fija en el suelo. Cuando oyó el roce del vestido de Emma y vio desaparecer aquella mujer extraña recobró su serenidad; en dos saltos llegó a la Avenida y llegó con tiempo para ver el coche de Emma emprender la carrera.

Andrés subió con presteza en el suyo.

—Pronto—dijo al cochero,—continúa siguiendo al coche ese. Ea: fatiga al caballo... de lo contrario me escapa.

El cochero no comprendía la exaltación de su parroquiano; pero, con la esperanza de una nueva propina, se puso casi al nivel del coche que parecía devorar la calle.

Apenas hubo la calesa de Emma pasado la barrera, un obstáculo impidió al coche de Andrés hacer lo propio. Blasfemó y estaba a punto de seguir el de Emma a pie, cuando el auriga, volviéndose hacia él, le dijo:

—¿El señor desea saber a dónde va aquel coche?

—¿Lo sabe tú?—contestó el conde con ironía.

—He hablado con el lacayo.

—¿Ahí y qué te ha dicho?

—Que su dueña, la condesa Lodroski, va todos los días al Parque, y que después de dar un paseo de una hora por el bosque se vuelve a casa.